

El pianista árabe

Jesús Díaz

a Fernando Carballo

TRAS DOCE AÑOS DE DESCUBRIMIENTOS Y TRABAJOS MI AMIGO EL PERUANO SE había convertido en el mejor crítico de la vanguardia musical en París. Me había prometido una sorpresa para mi última noche en la ciudad y yo, excitadísimo, lo esperé en el Carrefour de L'Odeon, subí a su Peugeot, nos disparamos hacia el Sena, derivamos hasta aparcar muy cerca de Notre Dame e imaginé que íbamos a escuchar allí un concierto clásico en versión contemporánea, como ya lo habíamos hecho la noche mágica en que Paquito D'Rivera estremeció al mundo con su arreglo jazzado de *Così fan tutte* para saxo. Pero no. El Peruano me guió por una calleja lateral y llegó hasta una escalinata que conducía a una gruta. Hacía apenas dos semanas, dijo mientras descendíamos, había descubierto por casualidad que allí tocaba un genio desconocido llamado Hassan Ibn Hassan, un pianista postmoderno que manejaba todos los secretos de la música árabe, del jazz, del *bossa nova*, del *hip hop* y del *reggae*. Entramos a la gruta semivacia, nos sentamos cerca del pianista, pedimos vino y el Peruano me dijo que pensaba lanzar en grande al pianista árabe; probablemente, especuló, el tipo se había formado en Beirut, Casablanca o Rabat, ya que en París alguien como él no podía pasar inadvertido. Poco después, Hassan Ibn Hassan salió a escena y el Peruano empezó a aplaudir con vehemencia. Ninguno de los diez o doce asistentes a la cueva secundó. Tampoco yo lo hice, fascinado por la vívida impresión de que alguna vez había visto a Hassan Ibn Hassan, que pese a los aplausos del Peruano no miró siquiera hacia nuestra mesa; se sentó al piano con un gesto entre altanero y resentido y empezó un recital de su tierra remota. La reiteración obsesiva de aquella tristísima melopea terminó por deprimirme. Hassan Ibn Hassan llevaba mucho rato transmitiendo dolor cuando atacó *A night in Tusimnia*; lo hizo sin transición, desde el fondo mismo del ritmo árabe, como si el mundo de la música fuera sólo uno y él fuera el rey. Entonces volvía a experimentar la sensación de haberlo visto antes, cerré los ojos durante unos segundos, volví a mirarlo y la ilusión perdió la fuerza y se fue difuminando lentamente. No, no había visto nunca al pianista árabe, pero su imagen me recordaba muchísimo a un viejo conocido, un joven pianista cubano llamado Patrocinio Mendoza.

Yo no había vuelto a ver a Patrocinio Mendoza desde que salí de Cuba diez años atrás, y aunque su parecido con Hassan Ibn Hassan era en verdad extraordinario también lo eran las diferencias entre ambos. Lo del parecido era curiosísimo porque Patrocinio era mulato y Hassan árabe; sin embargo, los dos tenían la piel color papel de estraza, el pelo encaracolado, las orejas pequeñas, de soplillo, y los ojos negros, profundos y brillantes. Pero Patrocinio Mendoza era más joven, más alto, más fuerte y además tocaba de un modo totalmente distinto al de Hassan. Había algo felino en el modo en que Patrocinio se relacionaba con el piano, algo comparable a la elegancia de una pantera. Me puse nostálgico al recordar que, para mí, Patrocinio Mendoza estaba llamado a llegar a la cumbre, a convertirse en el heredero de Peruchín y de Chucho Valdés y me dije que no había vuelto a oír hablar de él probablemente porque había ahogado en alcohol su inmenso talento, como tantos músicos. Pensé que lo había confundido con Hassan porque necesitaba escucharlo de nuevo y volví a mirar al pianista árabe, que ahora tocaba *Caravan* en el modo quebrado, postmoderno, terriblemente triste que constituía su estilo. El Peruano tenía razón, el tipo era un genio, y además se parecía a Patrocinio Mendoza como una gota de agua sucia a una limpia. Eran prácticamente iguales, pero lo que en Patrocinio había sido vitalidad en Hassan era escepticismo; lo que en el cubano había sido alegría en el árabe era desgarró; lo que en el primero había sido armonía en el otro era ruptura. Patrocinio Mendoza había sido una fuerza de la naturaleza; en cambio, Hassan era un hombre vencido, quebrado como su estilo; lo era incluso físicamente, pues la caja de su cuerpo delataba el desequilibrio básico de los seres contrahechos. Pero *Caravan* podía ser también una pieza melancólica y dolorosísima, como hecha a medida del sufrimiento que brotaba de la personalidad del pianista árabe, cuya versión rota era sin duda la mejor que yo había escuchado nunca.

Choqué copas con el Peruano, levanté el pulgar para agradecerle aquel regalo, y en eso Hassan atacó *El manisero* y me concentré en escucharlo, a ver cómo iba a entristecer aquel pregón que yo conocía de memoria. Lo hizo desde el principio, quebrando y ralentizando el ritmo, y entonces cantó dulcemente, «Maníiiii». Me ganó la nostalgia, y estuve envuelto en ella hasta que caí en la cuenta de que el pianista árabe había pronunciado con toda claridad aquella palabra. Un timbre de alarma sonó en mi cabeza. Recordé que decenas y decenas de extranjeros habían grabado *El manisero*, pero que casi ninguno lo había cantado. Y los pocos que se han atrevido lo han hecho de un modo cuando menos curioso; Louis Armstrong, por ejemplo, que tiene una versión espléndida, dice «Marie» en lugar de «Maní», con lo que convierte al cacahuete del original en una mujer, y luego sustituye el «Caserita no te acuestes a dormir / sin comerte un cucurucho de maní» por un *scat*, jitanjáfora o suma rítmica de sonidos guturales. El pianista árabe no acudió al *scat*, pero cantó varias veces «Maní» con toda claridad y encima se metió en un montuno de padre y muy señor mío, desdiciéndose de pronto de su tristeza postmoderna y atreviéndose a citar *La chambelona* y *El alacrán* con el mismo entusiasmo rumbero con que lo hubiera hecho Patrocinio Mendoza.

«Ese tipo es cubano», dije. Por toda respuesta, el Peruano selló los labios con el índice. Hassan se dio todavía el lujo de citar *Palabras*, un bolero quebrado como una separación que no forma parte del repertorio internacional, regresó a *El manisero*, lo terminó en un estilo roto y desgarrado y abandonó el escenario sin despedirse. Yo me incorporé para seguirlo. El Peruano me contuvo, ¿a quién se le ocurriría que el pianista árabe pudiera ser cubano? «A mí», dije, «¿Qué te apuestas?». «La cena», respondió siguiéndome al camerino, un cuchitril donde el pianista estaba de espaldas, poniéndose el abrigo. «¡Patrocinio!», exclamé. Se estremeció como si le hubiera pegado un corrientazo; pero terminó de ponerse el abrigo lentamente, se dio la vuelta y preguntó en un francés perfecto quién era yo, por qué lo molestaba, qué quería. El Peruano le pidió excusas en mi nombre, lo sentíamos mucho, dijo, había sido una confusión. Yo asentí en silencio. Mirando de frente al pianista árabe era obvio que me había confundido. Se parecía un montón a Patrocinio Mendoza, cierto, pero podía ser su hermano mayor o incluso su padre. El Peruano lo felicitó por la actuación, volvió a pedirle excusas y regresó a la gruta. Yo extendí la mano hacia Hassan en señal de desagravio; él se acercó cojeando levemente y me abrazó de pronto, «Espérame afuera, asere», dijo. «Aquí me perjudicas».

Obedecí entre la incredulidad, el entusiasmo y la intriga. Volví a la gruta y agarré al Peruano por el brazo, «Gané», dije, «vamos». No entendió y se negó de plano a aceptar mi triunfo. Pero a mí me importaba un carajo quién pagaría la cena, sólo quería encontrarme con el fantasma de Patrocinio Mendoza. No tuvimos que esperar mucho. Apenas unos minutos después de nuestra salida Patrocinio empezó a subir la escalera de la gruta con una mueca de dolor marcándole el rostro. Cuando me le acerqué para presentarle al Peruano me rogó en voz baja, de conspirador, que lo llamara Hassan y le hablara en francés. Obedecí, pero en cuanto nos alejamos unos cien metros el propio Patrocinio empezó a hablar en un cubano cerrado, que frecuentemente lo obligaba a traducirle alguna palabra o expresión al Peruano. Caminaba despacio, como un anciano, si bien la mueca de dolor había desaparecido de su rostro, y se detenía a cada rato para mirarme a la cara y tocarme. Parecía costarle tanto creer en mi presencia como a mí en la suya. Le gustaba verme, dijo, pero también le daba tremendo gorrión, o sea mucha tristeza, tradujo para el Peruano, porque él estaba muerto y había tenido que decirle adiós a todo aquello.

Caminaba sin rumbo, o al menos eso creía yo en aquel momento; cambiaba frecuentemente de acera, doblaba en cada esquina y miraba hacia atrás y hacia los lados como si temiera que lo estuvieran siguiendo, pese a que era evidente que aquellas callejas estaban desiertas. Pero en cuanto nos alejamos de la gruta y desembocamos en la avenida que flanquea la *rive gauche* se tranquilizó y empezó a hablarnos como si necesitara desembuchar de una buena vez la historia que lo atormentaba. Su muerte, dijo, había ocurrido exactamente hacía ocho años, tres meses, doce días y quince horas, en un lugar como aquel, miren, dijo, al tiempo que señalaba una parada de ómnibus vacía. Había venido desde el Caimán, o sea desde Cuba, tradujo, a tocar una semanita en una *boîte* de mala muerte para buscarse unos francos y ver si

podía grabar un disquito en París. Pero de disco nada, dijo, *rien de rien*, tocó su semana, y estaba de madrugada en una parada como aquella, medio dormido pa'l carajo, cuando de pronto un Mercedes entró como un ciclón y se llevó la parada de cuajo y a él de paso. ¡Fue del coño de su madre!, exclamó, consiguió dominarse mirando las luces que se reflejaban en el Sena, como diamantes, y prosiguió su historia. Sí, que te pase un maquinón por arriba y sentirse muerto era del coño'e su madre, murmuró en voz baja y escéptica, como si abrigara la convicción de que jamás seríamos capaces de entenderlo, porque uno no podía hablar ni sentía nada, dijo, salvo el horror de haberse ido pa'siempre y pa'l carajo, de no poder tocar más nunca, de haberse hecho vecino del otro barrio en un abrir y cerrar de ojos.

Hizo una pausa, e imitó en voz muy baja el sonido de una sirena que empezó a crecer hasta hacerse insoportable y detenerse allí, frente a nosotros. Había sido de pinga, dijo, porque la ambulancia metía una luz anaranjada así, como del otro mundo, que iba y venía, iba y venía, iba y venía mientras el ambulanciero informaba por radio que había un Mercedes hecho mierda y un árabe muerto. ¡Y el árabe muerto era él, cojones, él mismítico! ¡Patrocinio Mendoza, el hijo de Mercedita!, exclamó como si temiera que no fuéramos a creerlo. Después, dijo, nada, *nothing, rien de rien* durante dos semanas. Hasta que un día abrió los ojos y se descubrió entizado en esparadrapo de pies a cabeza, igualito que una momia egipcia. A su lado un tipo, un bacán pelirrojo como el diablo, de cuello y corbata, que le soltó una parrafada en francés. Él no entendió un carajo y el múcaro, o sea el blanco, tradujo, empezó a hablar en español, se presentó como abogado y le dijo que podían pleitear y sacarle un montón de francos al *man* del Mercedes, que cuando el accidente estaba curda y tenía más dinero que el *Banque de France*. El abogado no sabía ni quién coño era él, al principio creía que era un *sans papier*, un desgraciao, pero cuando se enteró de que era pianista y de que tenía visa se puso más contento que una rumba de solar. Nada, que ganaron el juicio, dijo, y el *man* del Mercedes tuvo que pagarle tres años de hospital y siete operaciones que lo dejaron, mira, mostró sus botas ortopédicas y una prótesis en la rodilla izquierda, hecho mierda, dijo, cosido y recosido como el único pantalón de su abuelo.

En eso, las luces de posición de un cupé BMW rojo que estaba aparcado unos diez metros delante de nosotros se encendieron y yo pegué un salto. Tranquilo, Chucho, dijo Patrocinio mostrándome el mando a distancia, ese buque era suyo de su propiedad, ironizó, la muerte lo había hecho rico, el *man* del Mercedes tuvo que pagarle también una montaña de francos y desde entonces no tenía el más mínimo problema, salvo estar muerto, claro. «Pero, ¿por qué?», me atreví a preguntarle. A la luz de un farol me enseñó sus manos, sus grandes y privilegiadas manos de pianista. «¿Qué tienen?», preguntó el Peruano. Nada, dijo Patrocinio, no tenían absolutamente nada porque según el cirujano las había protegido inconscientemente del desastre más que a ninguna otra parte de su cuerpo, como una madre hubiera hecho con su hijo, vaya, dijo acunando sus propias manazas en son de burla. Pero al abogado

pelirrojo eso no le había gustado ni un poquito, añadió, y entre él y el médico se las arreglaron para meter las manos en el asunto. Decían que como manos de pianista valían un montón. ¿Resultado?, se rebanó el cuello con el índice antes de responderse, una indemnización bestial cuya quinta cláusula afirmaba que como consecuencia del accidente el pianista Patrocinio Mendoza había quedado incapacitado de manera absoluta e irreversible para ejercer su oficio. Y desde entonces andaba por ahí, murmuró, con tres pasaportes y tres nombres falsos, tocando gratis en tugurios de París, Londres o Amsterdam, huyendo de la luz como los vampiros, así que nos quería rogar algo, dijo, no le dijéramos nunca a nadie que lo habíamos oído tocar, por favor, subió al BMW, partió como un bólido y en un abrir y cerrar de ojos desapareció en la sombra.

